

**DAD RAZÓN
DE VUESTRA ESPERANZA**

Carta sobre la espiritualidad



CONSEJO GENERAL MCCJ

Roma – 1 Enero 2011

DAD RAZÓN DE VUESTRA ESPERANZA

“¿Y quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien? Más también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis, sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros”. (1ª Pedro 3, 13-15)

Hace un año el Capítulo General nos pidió que cada año propusiéramos un tema para nuestra reflexión personal, provincial y de todo el Instituto que nos ayudase a profundizar los valores de nuestra identidad, de la espiritualidad que nos sostiene y de la misionariedad que estamos llamados a vivir cada día como combonianos.

Durante este primer año después del Capítulo, creímos conveniente dejar tiempo para conocer y profundizar los contenidos de los documentos capitulares con el deseo de hacerlos entrar en nuestras programaciones a todos los niveles del Instituto. Muchas y muy bellas experiencias se han hecho en estos primeros meses y otras se están realizando.

Llegados ahora al inicio del segundo año de nuestro servicio, como Consejo General hemos decidido proponeros para los próximos meses el tema de la espiritualidad en general, considerando que puede ser una reflexión apasionante para nuestro crecimiento en todo lo que se refiere a la cualidad de vida y a nuestro ser personas consagradas a Dios para seguirle y servirle en la misión.

Con esta reflexión que ponemos hoy en vuestras manos, y a la que seguirán otras durante el año, queremos presentaros un texto que pueda convertirse en camino de búsqueda y de confrontación personal y comunitaria de la experiencia de Dios que somos llamados a vivir como consagrados y misioneros.

No pretendemos hacer una disertación sobre la espiritualidad, ni tampoco un estudio del estado de lo vivido espiritualmente en el Instituto. Nos interesa provocar una reflexión que nos ayude a descubrir la importancia de la espiritualidad como garantía de auténtica vida misionera, recordando lo que decía nuestro Fundador.

“La vida de un hombre, que de manera absoluta y decidida rompe todas las relaciones con el mundo y las cosas más queridas por su naturaleza, debe ser una vida de espíritu y de fe. El misionero, que no tuviera un fuerte sentimiento de Dios y un interés vivo por su gloria y el bien de las almas, no tendría actitud para sus ministerios, y acabaría encontrándose en una especie de vacío e intolerable aislamiento”. (Escritos 2698)

Punto de partida

“El proceso de discernimiento de la Ratio Missionis, en el que nos hemos involucrado en los últimos años, nos ha hecho constatar que nuestra espiritualidad es débil y que gradualmente hemos asumido un modo de vivir individualista y burgués, que no favorece la vida fraterna y quita credibilidad a nuestro testimonio misionero. Nuestra fe a menudo queda lejana de la vida y de la realidad de la gente. En ocasiones, reducimos nuestra espiritualidad a un ritualismo religioso que no alcanza el corazón de nuestra

vida misionera. Por otro lado, sin una práctica concreta y constante, la fe termina por apagarse". (DC 2009, n. 17)

Seguramente esta es una de las afirmaciones más fuertes del análisis hecho por el Capítulo sobre nuestra experiencia de vida espiritual. Se habla de debilidad, de estilos de vida contradictorios, de escasez en la calidad de vida fraterna, de testimonio que no nos hace creíbles y, acaso lo más preocupante, es el hecho de que la espiritualidad vivida no parece tener incidencia en nuestra vida personal.

Es verdad que desde distintas partes se elevan voces pidiendo un cambio que nos permita profundizar esta dimensión esencial de nuestra vida como personas y más aún como misioneros.

Las voces son distintas, para algunos se trata de un deseo de volver a un pasado que es imposible resucitar y que resultaría inapropiado para nuestros tiempos. Son voces que dicen que la espiritualidad verdadera era la vivida mediante una serie de prácticas de piedad recordadas hoy nostálgicamente.

Otros abogan por una espiritualidad, llamada misionera, que sería como la linfa que nos mantiene vivos en un mundo donde no se quiere hablar mucho de Dios ni de los valores del Evangelio.

Otras veces algunos dan la impresión de que tras la palabra "espiritualidad" quieren esconder el deseo de crear una relación intimista con el Señor, donde lo que es importante es la multiplicación de "nuestras oraciones" y el vivir "nuestra relación" con el Señor, ignorando a los otros y los acontecimientos de nuestra historia.

Para otros la espiritualidad se ha ido al extremo opuesto, es decir, la espiritualidad es algo que se vive en el estar con la gente, en el empeño social, en el defender los derechos

humanos, en el ser solidarios con todos los que trabajan por preservar la creación. La oración, el silencio, el confrontarse con la Palabra de Dios, la celebración de los sacramentos... son cosas del pasado.

¿Es posible llegar a sintetizar las cuestiones que surgen?

Una cosa es cierta, no podemos progresar si no nos ofrecemos la posibilidad de reflexionar sobre nuestra experiencia personal y comunitaria de vida espiritual y si no nos concedemos espacios concretos para vivir una verdadera práctica espiritual que implica el encuentro cotidiano con el Señor, su Palabra, su misterio que envuelve toda nuestra vida.

Queremos crecer

“Jesús se volvió y, viendo que le seguían, les dijo: “¿Qué buscáis?”. Le respondieron: “Rabbi – que significa Maestro – ¿dónde vives? Les dijo: “venid y ved”. (Juan 1, 38-39)

No importa cuál sea la motivación que está en el origen. Lo que podemos decir es que, en este momento de nuestra historia como Instituto, queremos vivir nuestro ser misioneros fundados en una experiencia de Dios que sea la razón de nuestra consagración. Nos damos cuenta que la misión, si no se vive a partir de una relación intensa con la persona del Señor, resulta imposible incluso en nuestros días. No por nada Comboni decía hablando del “Espíritu de Sacrificio” que vivir con los ojos fijos en Jesús forma parte de la espiritualidad del misionero:

“Espíritu de Sacrificio. El pensamiento perpetuamente puesto en el gran fin de su vocación apostólica debe generar en los alumnos del Instituto espíritu de Sacrificio.

Se formarán esta disposición esencialísima teniendo siempre los ojos fijos en Jesucristo, amándolo tiernamente, y procurando entender cada vez mejor lo que quiere decir un Dios muerto en la cruz para la salvación de las almas.

Si con fe viva contemplarán y gustarán un misterio de tanto amor, serán bienaventurados ofreciéndose a perder todo, y morir por Él, y con Él. El haber dejado la familia y el mundo no es más que el primer paso: buscarán seguir adelante consumando su holocausto, renunciando a todo afecto terreno, acostumbrándose a no hacer caso de sus comodidades, sus pequeños intereses, sus opiniones, y de todo lo que les afecte; porque si quedase incluso un tenue hilo, impediría a un alma generosa elevarse a Dios. Por tanto será continua la práctica de la abnegación de sí mismos, incluso en las pequeñas cosas, y renovarán a menudo el ofrecimiento entero de sí mismos a Dios, de la salud e incluso de la vida. Para animar el espíritu hacia estas santas disposiciones, en algunas circunstancias de mayor fervor, harán todos juntos una formal y explícita dedicación a Dios de sí mismos, donándose con humildad y confianza en su gracia incluso al martirio". (Escritos 2720-22)

Hace falta añadir que el Capítulo no solo reconoció el malestar, también puso en evidencia el deseo y voluntad de buscar caminos que nos lleven hacia una experiencia espiritual que sea nuestra verdad, el pozo al que acudimos a buscar el agua necesaria para quitarnos la sed de plenitud y auténtica espiritualidad que no es más que el deseo de una verdadera conversión.

"Este mismo proceso ha puesto en evidencia el fuerte deseo de cambio y de conversión, no en teoría, sino en lo profundo del corazón. Nos sentimos como "tierra seca, árida y sin agua" (Sal 63,2), con una gran sed que nos

impulsa a volver a las fuentes originales para afrontar los desafíos de nuestro tiempo". (DC 2009, n. 18)

Preguntas a cada uno de nosotros

¿Es verdad que vivimos una espiritualidad débil? ¿Es verdad que las tradiciones de vida espiritual se han perdido en el Instituto? ¿Tenemos la impresión de que la vida de oración, la referencia a la Palabra de Dios, la meditación personal, la capacidad de leer cuanto sucede en la vida con los ojos de la fe han desaparecido de nuestros parámetros para comprender nuestra vida?

¿Estamos de acuerdo en afirmar que no existe aquella relación personal, constante y profunda con la persona del Señor que hace posible nuestra experiencia misionera?

¿Estamos contentos de la calidad de vida espiritual que se respira en nuestras comunidades, en el lugar donde nos encontramos en este momento? ¿Estamos de acuerdo en que muchas veces confundimos espiritualidad con prácticas de piedad vividas de manera rutinaria?

Alguno podría responder enseguida diciendo que la situación no es tan grave, que la salud espiritual del Instituto va bastante bien, que no faltan entre los combonianos las figuras de oración y gran fe; en cierto sentido es verdad. ¿Cuál puede ser el interés de esta reflexión?

Pasando por las provincias y las comunidades encontramos a muchos hermanos que viven una relación fuerte con el Señor, no faltan los verdaderos hombres de Dios que llenos de caridad y de amor desempeñan un servicio misionero bello y ejemplar, manifestado en la sencillez de su vida, en la fidelidad a la vocación y en la capacidad de vivir en situaciones difíciles con gran serenidad y alegría.

Es verdad que la pasión misionera vivida hasta el fin de la vida es uno de los tesoros de nuestra familia misionera y no nos faltan los testigos. ¿No es este el fruto que no necesita explicaciones ni tantas palabras?

La espiritualidad que encontramos en tantos lugares de nuestro Instituto no es una espiritualidad que se hace gran publicidad. La verdadera espiritualidad se nota en la serenidad y en la capacidad de vivir el compromiso misionero con la humildad y la disponibilidad de tantos hermanos que ofrecen su vida por amor, sin hacer ruido, sin ser noticia y sabedores de que pasarán a la historia, sin dejar grandes monumentos que les recuerden.

Nuestra imagen y nuestros frutos

“Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de las zarzas?... Por sus frutos los conoceréis”. (Mateo 7, 16s)

Dicen que los árboles se conocen por sus frutos y seguramente podemos decir que entre los tantos frutos que no faltan en el Instituto están la oración y el sentido de Dios que hemos recibido en heredad de nuestro Fundador.

Algo que muchos de nosotros agradecemos a la misión, es precisamente el habernos ayudado a ser hombres de oración. En tantas de nuestras misiones no es difícil encontrar, desde muy temprano, antes de que salga el sol, misioneros que rezan, que empiezan depositando su jornada en manos del Señor reconocido como el amo de la misión que guía, sostiene y anima, pero sobre todo que hace sentir la belleza de poder compartir con él el trabajo de la construcción del Reino.

Y además, ¿no es verdad que la presencia del Espíritu hace buenas todas las cosas? Os aseguramos que hay muchas cosas buenas en nuestra familia. Hay una bondad que se expresa mediante el deseo de empeñarse por la justicia, una bondad que se hace voz de tantos hermanos y hermanas que no tienen voz, una bondad que se traduce en pasión por el ser humano, por su desarrollo, por su reconocimiento, por su derecho a vivir en la dignidad que le pertenece en cuanto hijo de Dios. Bondad misionera que se hace capacidad de hacer causa común, de compartir sufrimientos, y también la alegría y la vida de las personas con las que la compartimos.

Si la pasión que empuja a dar la vida como exigencia del amor por los más pobres es un elemento fundamental cuando se habla de espiritualidad, entonces basta abrir los ojos para descubrir en lo vivido por tantos combonianos un verdadero icono que nos habla de santidad, y puede que sea eso lo que explica cómo, a pesar de tantas dificultades, tantos obstáculos y la pobreza misma que reconocemos en cada uno de nosotros, la misión vaya adelante. Va adelante porque existe la fuerza del Espíritu que nos sorprende y hace milagros a través de frágiles instrumentos y tantas contradicciones que llevamos en nosotros.

La exigencia de una espiritualidad más fuerte ¿no podría ser, entonces, el reclamo nunca satisfecho de nuestros corazones de entrar más a fondo en el misterio del Dios que nos ha llamado a ser discípulos y testigos suyos? ¿No sería la toma de conciencia del gran don que hemos recibido en la vocación misionera y que nos hace sentir siempre inadecuados para responder a semejante empresa contando solo con nuestras fuerzas humanas? Por otra parte, ¿no sería el resultado del saber que, como misioneros, no podemos

acercarnos a nuestros hermanos solo con intereses o preocupaciones que se quedan a nivel de promoción humana, sino más bien sentimos la obligación de llevarlos a Dios? Y ¿cómo llevaremos a los otros a Dios si nuestras raíces en él no son tan profundas que nos permitan reconocerlo como el verdadero centro de nuestra vida y misión?

Por tanto, ¿de dónde nace la exigencia?

Ciertamente no es algo de hoy el que sintamos una invitación a volver a visitar nuestra espiritualidad, a recuperar los valores y tradiciones que han acompañado la vida interior y el ministerio de tantos hermanos nuestros. Es como si existiese una conciencia en el Instituto que emerge para recordarnos que no podemos ser verdaderos combonianos si olvidamos lo que para nuestro Fundador, y para todos los que han venido después de él, fue fundamental como paso obligatorio para vivir la misión en cuanto camino que el Señor ha elegido para permitirnos el encuentro con Él.

Parece que lo que llamamos fundamental lo podemos encontrar en algunos aspectos de nuestra espiritualidad comboniana, tales como la experiencia del corazón de Jesús, manantial de nuestro ser misioneros; la presencia continua de la cruz, como lugar donde nace la misión en cuanto obra de Dios; el icono del Buen Pastor, que nos recuerda que somos discípulos llamados a vivir en el seguimiento de quien es el único misionero del Padre.

Y luego existen las actitudes de la espiritualidad que deberían traducir a lo concreto el espíritu que llevamos dentro: la vida de fe profunda, la oración constante, la capacidad de leer la realidad con los ojos de Dios, la disponibilidad de dar respuestas a las urgencias de nuestro tiempo según

el pensamiento de Dios, la vida fraterna entre nosotros y la solidaridad con los hombres y mujeres que sufren, la sabiduría para hacer que la Palabra de Dios sea el punto de referencia de todo nuestro ser y nuestro hacer como hombres consagrados y pertenecientes a Dios.

Por tanto, parece que la llamada a echar cuentas con nuestra espiritualidad venga precisamente del hecho que existe una fractura entre lo que afirmamos y lo que habitualmente vivimos. Ninguno de nosotros dice que no exista una espiritualidad misionera comboniana, ninguno afirma que la Regla de Vida no sea clara, ninguno niega que existan las estructuras y los medios para vivir una auténtica experiencia espiritual.

La distancia entre el decir y el hacer

“Porque quien querrá salvar la propia vida, la perderá; y el que la pierda por mi causa, la encontrará”. (Mateo, 16, 25)

La constatación se dirige a notar la facilidad con la que abandonamos la oración personal y comunitaria. La Regla de Vida habla de por lo menos una hora al día, y sin embargo no faltan entre nosotros quienes interpretan esto como algo dejado a la libertad de cada uno. Se dice que nuestra vida tiene que ser una vida de fe y sin embargo luego nos encontramos con personas que en las cosas ordinarias de la vida se agarran a otros criterios, tales como las convicciones personales, las propias ideas o sencillamente lo que pueda validar los proyectos personales. Decimos que nuestra vida debe ser fraterna y fundarse sobre criterios de amor y ¡cuanta dificultad encontramos para vivir la vida comunitaria donde bastarían algunos gestos de buena educación para hacerla bella! Y además, ¿no es verdad que el individua-

lismo, el protagonismo, la arrogancia que se insinúan en nuestro estilo de vida son el resultado de la falta de un verdadero espíritu que hace vivir sin oprimir, como sucede por el contrario en la experiencia de la falta de confianza o el prejuicio hacia los otros?

¿De dónde nace la exigencia? Seguramente del valor de no pocos que no se conforman con vivir en el Instituto transformándolo en un albergue donde se beneficia de un techo y de comida seguros y que están convencidos de que no han dejado todo para encontrarse junto a otros solo para tener compañía, sino que han ofrecido la propia vida para encontrarse con hermanos apasionados de Dios, de la misión y de los más pobres.

La exigencia nace también de la necesidad de poner a Dios en el centro de todo y sobre todo. Esto quiere decir capacidad de abandono y disponibilidad para dejar que Dios escriba su historia en cada uno de nosotros. Quiere decir aceptación de una realidad que nos sorprende y rompe nuestros equilibrios, nuestros planes, nuestras seguridades y certezas. Y también capacidad de vivir en continua búsqueda, no del cumplimiento de nuestros sueños, sino de los suyos.

El grito que escuchamos desde hace tiempo no es otro que el grito exigente de Dios que pide un espacio para dejarle hacer su obra tranquilamente entre nosotros. Es grito que habla de obediencia que no sea sumisión ciega; que llama al orden donde parece que cada uno se sienta con el derecho de diseñar el proyecto y la misión propia; que provoca a una humildad que consienta la aceptación de los límites personales y comunitarios.

Sin duda es una llamada que recuerda la belleza del amor al que somos llamados a vivir en castidad serena y alegre y

no tolera comportamientos irresponsables y contradictorios con la elección del amor como donación sin límites de nosotros mismos.

Es también una invitación a vivir en pobreza a todos los niveles, renunciando a la ambición que envenena el corazón y nos hace egoístas y mentirosos, amantes del dinero e insatisfechos de todo y nunca contentos de lo que recibimos como don. Pobreza que es también provocación que nos reta a vivir en sobriedad, austeridad y libertad.

La exigencia de una vida espiritual más profunda nace precisamente del saber que seremos capaces de conversión y de transformación solo si el verdadero Espíritu del Señor habita en nosotros. La experiencia de encuentro con el Señor es la única posibilidad de encontrar el camino justo para vivir la misión como el lugar donde somos llamados a ser hombres nuevos y misioneros creíbles. Y en la medida en que seremos fuertes en el espíritu, seremos capaces de poner en discusión todo lo que nos ata y nos impide ir lejos y ser atraídos por cuantos se nos acercan.

¿Qué espiritualidad soñamos?

En esta hora de Dios, que es también la nuestra, parece que la espiritualidad que nos conviene, dando por descontados los elementos que consideramos irrenunciables de nuestra espiritualidad, parece ser una espiritualidad del abandono entendida como entrega libre de nosotros mismos a Dios para la misión. Necesitamos una espiritualidad centrada en la esperanza que nos permita leer el presente sin olvidar que el Señor está siempre a la obra y que la misión es, ante todo, obra suya y nosotros simples colaboradores.

Nuestra espiritualidad debe ser la que nace a lo largo del camino que recorreremos junto a tantas personas que el Señor nos ha dado como compañeros de viaje, personas portadoras de la presencia de Dios que nos reta a reconocerlo en el rostro de quienes no cuentan para el mundo. No puede ser una espiritualidad que nos encierra en la seguridad de nuestras estructuras, de nuestras devociones o costumbres.

Como espiritualidad misionera, nos obliga a salir al encuentro de Dios que nos espera en el hermano, nos envía a salir de nosotros mismos, estando siempre atentos a no vaciarnos y a no diluirnos en el anonimato de un mundo que busca de todas las maneras hacer desaparecer a los testigos de Dios.

Soñamos una espiritualidad que nos permita poner en el centro de todos nuestros deseos a la persona de Cristo, el Buen Pastor que ha sabido obedecer en todo y fue capaz de cumplir la voluntad del Padre sin imponerle jamás condiciones.

Como Instituto, necesitamos una espiritualidad fundada en la cordialidad, la aceptación de la diversidad, el reconocimiento de la riqueza que representa el otro dentro y fuera de nuestra familia. Necesitamos una espiritualidad que nos haga profetas, e incluso más, místicos y testigos del que llevamos en nuestro corazón, del que compartimos nuestra existencia y del que recibimos la vida, la fuerza para llevar adelante nuestra misión y la alegría que nos hace felices.

Todos estamos de acuerdo en decir que nuestra espiritualidad tiene que ser misionera, pero a lo mejor en este momento sería mejor hablar de una espiritualidad de la responsabilidad, de la fidelidad, de la coherencia.

De la responsabilidad para que no convierta en mentirosa nuestra Regla de Vida, que sigue hablando de los combonianos como de hombres consagrados totalmente a Dios, hombres de oración, hombres de profunda fe, hombres de comunión...

De la fidelidad para responder también hoy a lo que dijimos solemnemente el día de nuestra profesión religiosa.

De la coherencia, aún incluso con nuestros límites, empeñados en vivir en el día a día de nuestra vida los valores y exigencias de nuestra consagración a Dios y a la misión, aceptando vivir con una sola pasión en el corazón.

Deseamos una espiritualidad que nos ayude a vivir siempre con gran pasión el deseo de ir hacia los más pobres y abandonados, y a la vez nos permita dejarnos evangelizar por la Palabra que anunciamos con nuestras pobres palabras y con nuestro humilde testimonio.

Seguramente en este tiempo no necesitamos inventar una espiritualidad nueva, sino vivir responsablemente el tesoro que ya forma parte de nuestro patrimonio.

Roma, 1 de enero de 2011

P. Enrique Sánchez G.

P. Alberto Pelucchi

P. Antonio Villarino R.

P. Tesfaye Tadesse G.

Fr. Daniele G. Giusti